

**Fundación Segundo y Santiago Montes.**

**“La luz impronunciable”, de Ernesto Kavi. Editorial Sexto piso.**

**Prólogo de Ives Bonnefoy.**

**Con la presencia del autor y de Esperanza Ortega**

**Ernesto Kavi nació en Ciudad de México en 1981. Allí estudió Letras, aunque completó sus estudios de Literatura e Historia del Arte en distintas Universidades europeas, como París y Salamanca. Actualmente se dedica a la edición, traducción y escritura, siempre en el campo de la poesía. Ha publicado, entre otros, al poeta italiano Leopardi y al francés Baudelaire. “La luz impronunciable” es su primer libro de poemas.**

Aunque “La luz impronunciable” sea la ópera prima de Ernesto Kavi sorprende su madurez, la seguridad de la voz que desde el primer poema subyuga al lector. Una voz que no solo se oye, sino que en determinados momentos parece brillar en la hoguera en que crepitan las palabras. Su intensidad nos ilumina por el camino del verso, y nos conduce hasta un significado que, aunque indecible, reconocemos como auténtico.

Hay algo ancestral en la mirada del poeta sobre un mundo que posee el dramatismo del agonizante y la frescura de lo recién creado, y que nos sitúa en el tiempo en que no se hablaba en vano, cuando ser y nombrar eran lo mismo. No estamos, pues, ante la crónica sentimental del presente ni ante un álbum de anécdotas biográficas más o menos memorables, sino ante algo más serio, lo que Ives Bonnefoy llama en el prólogo “un inteligible existencial”: la pregunta por el sentido, que ha sido y será siempre materia de la verdadera poesía.

A manera de sinopsis, el poeta manifiesta así su intención al escribir este libro:

*Oculto bajo la voz hay otra voz. Bajo las palabras, otras palabras. Quise cavar hasta llegar a ellas. Cavar a través de siglos. Más profundo aún. En la lengua. En la memoria. Cavar hasta desenterrar lo que ya no es nuestro, lo que nunca fue, lo que perdimos. Nuestro hablar materno. Imágenes holladas. Ídolos antiguos. Herrumbrado esplendor. Recordar que hubo nombre para lo nunca dicho. Eso intenté. Tocar los libros que contaminan las manos. Decir Shir-hashirim, Qadosh-qedoshim, Qohélet, ya sin temor. Balbucear lo impronunciable. Eso intenté, en un andar a ciegas. Restaurar nuestra memoria, tocar la lengua perdida en nuestra lengua, la llama, el alfabeto calcinado cuyo ardor alivia.*

**Algunas consideraciones críticas sobre “La luz impronunciable”:**

**Yves Bonnefoy:**

*Ernesto Kavi posee una inteligencia de la poesía que ilumina sus palabras. Es una pluma amiga y cómplice.*

**Víctor González. Libros y Literatura, 27 de octubre de 2016:**

*La luz impronunciable es un gran y recomendable respiro para muchos de los que nos quedamos encallados – para bien – en esa poesía de la generación de los cincuenta, ese intimismo que huye de la perfección formal para estudiar la posibilidad de una perfección más adentro, en el interior del propio poeta.*

**Mar de tinta, 2016:**

*“La luz impronunciable” es como un suspiro. Uno de esos suspiros tan cargados que contienen al mundo entero.*

**Carlos Alcorta, 6 de Octubre 2016:**

*El profundo estremecimiento que sacude al autor de La luz impronunciable puede ser contagioso porque, como asegura Gadamer «Un poema es siempre un diálogo, porque mantiene constantemente la conversación con uno mismo». Esta forma de asumir su incapacidad para comprender la totalidad de lo real es la que encontramos en Ernesto Kavi. La alternancia entre certidumbre y desconfianza es también la nuestra.*

**PlayGround, 30 de septiembre 2016**

*"Diez poemas muy pequeños para sentir la enormidad del Universo".*

**Frédéric Boyer:**

*La primera vez que leí el libro de Ernesto Kavi, La luz impronunciable, algo inolvidable ocurrió para mí. Algo que casi nunca ocurre cuando leo un libro contemporáneo. La primera vez que leí el libro de Ernesto Kavi, leí un libro de 3000 años. Pero eso no es todo. Debo precisar lo que ocurrió ese día o, mejor dicho, esa noche, cuando leí el libro de Ernesto Kavi. Las palabras que leía tenían 3000 años o quizá más. Leía un libro cuyas palabras eran tan antiguas que de pronto escuché, como plantándose en mi corazón, la juventud pura y recta de esas palabras tan antiguas.*